



CANCION NUEVA DE LA ATALA.

En ella se declaran los amores de la misma y del ardiente Chactas y la desesperacion de éste por causa de la muerte de su querida.

1.

Nací americano errante,
mi padre á mi lado espiró,
y en los campos terribles de Marte
la venganza me recomendó;
asimismo á su caro aliado
encargó mi cuidado al morir,
pero yo me aparté de su lado,
sin mi Atala no puedo vivir.

2.

En un campo de bosques frondoso
ví á una bella y temprana hermosura
y al instante resolví amoroso
el amarla y seguir mi ventura;
la amé á ciegas rendido y constante
y sus pasos resuelto seguir;
dejé á Lopez, la busco, y errante
sin mi Atala no puedo vivir.

3.

Llegué al campo enemigo rendido,
me aprisionan y en mi triste suerte
yo tranquilo esperaba la muerte
cuando Atala se me apareció:
con un rostro cubierto de un velo,
me aconseja la debo seguir,
se descubre, y al ver aquel cielo,
con mi Atala yo quiero morir.

4.

Cuando atado en el campo me hallastes
y me diste feliz libertad,
de una muerte cruel me librástes
y de tí no me puedo apartar:
quiero siempre seguirte y amarte,
y teniendo contigo que huir.
por mi vida tu fin en contrastes,
sin mi Atala no puedo vivir.

5.

La compañía con todas sus flores
en los días serenos no iguala
la hermosura fugaz de mi Atala
cuando tuve con ella que huir:
ni tampoco las aves cantaban
con tan dulce y suave armonía,
se acabó para mí la alegría,
sin mi Atala no puedo vivir.

6.

Triste Cháctas, ¡qué rápida ha sido!
la halagüeña ilusión de mi dicha
sumergido en perpétua desdicha
solo siento un fatal porvenir:
bella vírgen, tu vida espusistes
por librarme de una muerte funesta
y será mi canción siempre esta:
sin mi Atala no puedo vivir.

7.

Cuando el rayo cayó en el desierto
y aquel árbol frondoso abrasó
¿quién dijera, mi querida Atala,
que tu fin muy funesto indicó?
Este caso terrible me asombra,
me consterna y no puedo decir
¡ay de mí! que de pena fallezco;
sin mi Atala no puedo vivir.

8.

Cuando el rayo en el desierto
la palmera en que yo te apoyaba,
quién creyera, infeliz, que anunciaba
el final de tu triste existir!
el destrozo que hiciera en el suelo,
la borrasca que el pecho sufría
es menor que el dolor que sentía
al mirar á mi Atala morir.

9.

Engañada tu tímida madre,
hizo voto funesto á tu vida,
te creíste á mi lado perdida
sin quererme tu pena decir:
el secreto fatal que en tu pecho
ocultabas á tenaz suerte
te ha perdido y te pierde igualmente;
sin mi Atala no puedo vivir.

10.

¡Oh! funesto aquel día en que Atala
con exánime voz me decía:
adiós, Cháctas, adiós, y confía
que hasta el cielo mi amor llegará:
y mirando sus lánguidos ojos
advertí que la vida perdía,
aumentando la tristeza mía,
no poder á mi Atala salvar.

11.

Cuando sus trémulas manos Atala,
una imagen de Cristo me dió
que en el cuello pendiente tenía
y en el mismo momento espiró:
esta herencia preciosa me entrega
y me encarga he de recurrir
en mis tristes desgracias á ella;
sin mi Atala no puedo vivir.

12.

¡Cuán en vano mi pecho se agita
recordando la dulce existencia
de mi Atala que por su inocencia
con la muerte la ví yo luchar!
ya por fin un suspiro exhalando
me miró y quedó desmayada,
y mi alma quedó alertargada,
pues quedóse mi Atala mortal.

¿Cuántas veces decía conmigo,
qué dichosa será nuestra vida!
mas la suerte terrible homicida
hizo su espada con sangre teñir:
la esperiencia de aquel sabio amigo
predicaba mi mal venidero:
la existencia sin tí no la quiero,
sin mi Atala no puedo vivir.

14.

Con la muerte, mi querida Atala,
contristóse mi pecho amoroso,
y en lugar de un futuro reposo
solo siento desdicha infeliz:
la dejado mi alma afligida,
sin que pueda ya tener contento,
esclamando con gran sentimiento:
sin mi Atala no puedo vivir.

15.

Dulce Atala, mi bien, mi querida,
¿nde fueron los días dichosos
que tus ojos divinos y hermosos
se volvían á mí con placer!
Se ausentaron cual sobra fugace
y en mi pecho quedaron grabados
con recuerdos tan dulces y amados
que jamás no podré olvidar.

16.

Yo contaba los días dichosos
que debía pasar á tu lado,
y tenía tambien ideado
nuestro rústico albergue eregir:
mas ¡ay cielo! que en vez de cabaña
y en lugar de la dicha futura,
yo te he dado infeliz, sepultura:
sin mi Atala no puedo vivir.

17.

Bella imagen de un ángel dormido
contaba mi amada ya yerta,
guirnalda y de rosas cubierta,
y hermosa la ví sepultar:
perdió mi Atala, perezo,
olvidando jamás sus amores,
de ellos mis terribles dolores
los que vieron su muerte fatal.

De sus ojos el fuego brillante
con la muerte quedando apagado,
oscurece su rostro dorado
por el voto fatal de su madre,
por lo cual yo no puedo existir,
llegó á cometer el suicidio,
yo atacado de un fuerte delirio,
sin mi Atala no puedo vivir.

19.

Com mis brazos la dí sepultura
en aquellos desiertos sombríos;
contemplé su marchita hermosura
convirtiendo mis ojos en rios.
Aquí terminaron mis dichas
y á mi Lopez resuelvo seguir,
á llorar con él mis desdichas;
con mi Atala yo quiero morir.

20.

De mi Atala los rubios cabellos
esparcidos al viento los ví
y en la tumba, cual rosa fragante,
enramada en mañana de Abril;
con mi llanto regué su sepulcro
y su vista acabó mi dolor,
mas, ¡qué mucho! si él me ofrecía
desdichado final de mi amor.

21.

Enterrada en país extranjero,
ya no habrá quien por mí se interese,
¡oh, si el cielo á lo menos quisiese
una vez mis deseos cumplir!
yo muriese contento al instante
y á tu ludo gozara el reposo
que me priva este mundo engañoso;
sin mi Atala no puedo vivir.

22.

Unos lazos piadosos rompiste
que á la pena de muerte me ataban,
y al romperlos de tus manos labraban
otra pira á tu vida infeliz:
esta tumba que en llanto anegada
ha formado á tus tristes despojos,
regarán para siempre mis ojos;
sin mi Atala no puedo vivir.

Ya me acerco á la lúgubre tumba
 donde yace mi amada infelice
 y su pecho por siempre me dice:
 ven, mi Cháctas, no temas morir.
 Lisonjera ilusion de mi dicha
 cual cuchillo me hiera funesta,
 mi cancion para siempre será esta:
 sin mi Atala no puedo vivir.

Que al unirse mi alma á la suya
 cuando siga sus lúgubres huellas,
 en un cielo sembrado de estrellas
 á mi Atala veré relucir.
 ¡Oh! qué llanto que vierten mis ojos!
 ¡Oh! qué penas mi pecho padece!
 y la tumba mi pasion se ofrece;
 sin mi Atala no puedo vivir.

Nadie llegue á mi tumba fria,
 nadie llegue jamás á llorarme,
 y si alguno quiere consolarme
 le suplico no piense en venir;
 que mi pena no tuvo remedio,
 el consuelo para mí fué perdido,
 pues ha muerto mi dueño querido;
 sin mi Atala no puedo vivir.

De este modo dió fin á su canto
 aquel triste y desgraciado amante
 y á la tierra inclinó su semblante
 sin oírle llorar ni gemir:
 de dolor y de pena fallece,
 ya no gime ni menos suspira,
 junto al pecho de su amante respira
 pues sin mi Atala no puedo vivir.

FIN.

(Autorizado por la ley vigente.)

SLPC. Biblioteca d'Olot



1035058026

Se halla de venta en casa los sucesores de Antonio Bosch, calle del Bou de la Plaza Nueva 1:

Barcelona:—Imprenta Peninsular, Asalto, 69.

0494-15160